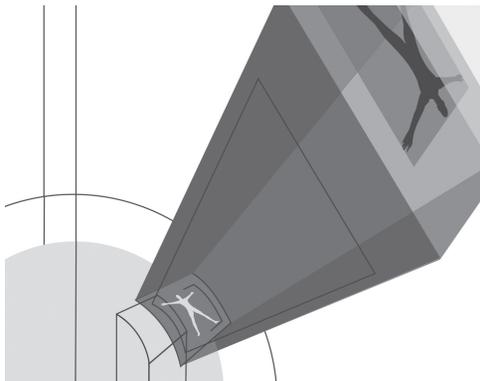


Laxitud y Obligatoriedad: Una paradoja*



Gloria Elena Betancur Jiménez

Psicóloga Clínica., Pontificia Universidad Javeriana,
Universidad de Antioquia.

Docente: U de A, UPB, USB; EAFIT, EIA.

Psicóloga del Departamento de Desarrollo Estudiantil de
la Universidad EAFIT.

gbetancu@eafit.edu.co

Recepción: 30 de abril de 2007 | Aceptación: 04 de junio de 2007

Resumen

Laxitud y obligatoriedad: una paradoja, hace referencia a la respuesta que pueden dar los sujetos ante la demanda aplastante de la ciencia. El artículo hace énfasis en el cambio que se operó en la educación cuando pasó de ser por deseo y curiosidad a ser obligatoria, y en las consecuencias generadas por este cambio, pues la educación se convirtió en un elemento más del mercado y de la producción. Ahora no es el deseo del estudiante lo que prima, sino la demanda social y familiar la que lleva a elegir acerca del saber que hará independiente al joven en unos años. El tener se ubicó por encima del ser, esta inversión genera alienación a los mandatos externos de la sociedad de consumo y la ciencia y obtura al sujeto y su deseo y con ello lo objetiviza.

* Trabajo presentado como ponencia en el Séptimo Encuentro Nacional de Psicólogos de Bienestar Universitario, Universidad EAFIT, Medellín, septiembre de 2006.

Ante esta demanda aplastante el sujeto responde de múltiples maneras entre ellas: la alienación a los mandatos externos, la inhibición o la rebeldía. Los síntomas con los que se expresa esta situación se ven permanentemente en los sujetos contemporáneos: La pereza, las dificultades académicas, la angustia, la depresión, el hastío. A estas respuestas que el sujeto emite, la sociedad de consumo responde con objetos que tienen pretensión de dar lo que falta para acallar la angustia.

La posición de los garantes de la ley ante esta invasión de demandas se debate entre la laxitud y la imposición. El cambio vertiginoso ha generado una destitución de la autoridad y con ello la precarización de las respuestas de los sujetos a las invenciones contemporáneas trayendo como una de las consecuencias la caída de los ideales. Es necesario preguntarse por la responsabilidad de los adultos y los jóvenes ante las demandas externas.

Laxity and compulsority: a paradox

Abstract

Laxity and compulsority: a paradox refers to the answer that may be given by subjects facing the crushing demand of science. The article emphasizes the change that occurred in education when it went from being a desire and curiosity to be mandatory, and the consequences that it generated, since education became more of a market and production element. Now, the student's wish is not what matters, but the social and family demand that leads to choosing what will make young adults independent in the following years. "Having was placed over being", this inversion of values generates alienation to the external orders of the consuming society and science, and it obtrudes the subject, his/her desire, and with this he/she is 'objectivized'.

To this crushing demand, the subject responds in multiple ways, such as: alienation to external commands, inhibition or rebelliousness. The symptoms that express this situation can be permanently observed in contemporary subjects: laziness, academic difficulties, anguish, depression, and loathing. These responses emitted by the subject, are answered by the consumption society with objects that pretend to give what he/she is missing in order to calm his/her anguish.

The position of the guardians of the law challenged by this invasion of demands lays in confrontation between laxity and imposition. The vertiginous change has generated loss of the authority and with this, the deterioration of the responses of the subjects to contemporary inventions causing the fall of the ideals. It is necessary to ask about the responsibility of adults and young ones towards external demands.

Palabras Clave

Laxitud
Obligatoriedad
Discurso de la ciencia
Alienación
Rebeldía
Inhibición
Caída de los ideales

Palabras Clave

Laxity
Compulsority
Science discourse
Alienation
Rebelliousness
Inhibition
Fall of ideals

La merma del influjo de los códigos éticos y el desvanecimiento de las autoridades éticas monopolizadoras, el debilitamiento de los significantes amo, han producido una política de precarización que hace que las personas no tengan un proyecto de vida, eso que duraba toda la vida. Se trata del ascenso de la exención de la responsabilidad al papel de pivote de las estrategias vitales racionales, lugar que había sido ocupado por su opuesto, anteriormente, el compromiso. La consecuencia es la tendencia a buscar seguridades en la proliferación de oportunidades alternativas e invariablemente transitorias, en lugar de la durabilidad del escenario.

Ricardo Seldes (2005)

Introducción

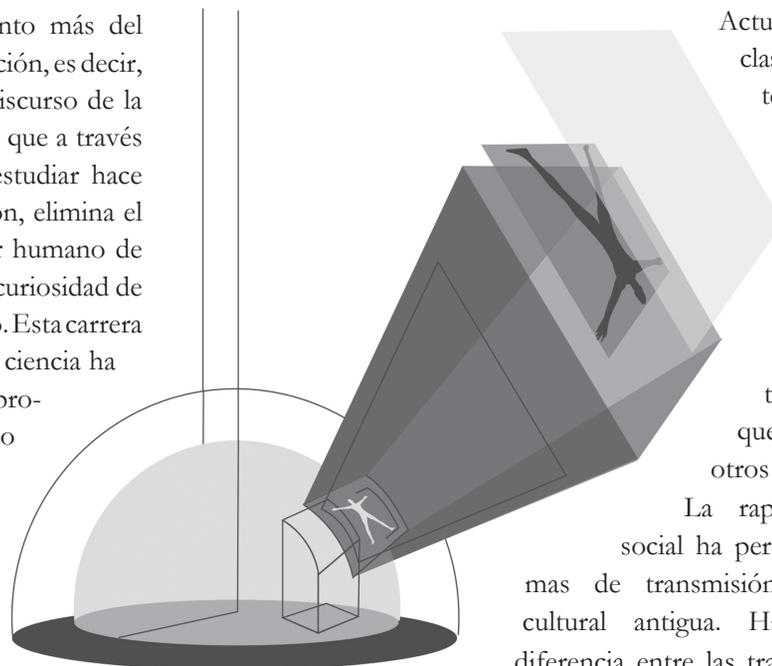
El tema de este artículo hace referencia a un asunto que, aunque no es nuevo, se ha incrementado en la época actual: el fracaso en el saber como un síntoma de la modernidad, un síntoma que se hace cada vez más frecuente en nuestras aulas escolares y en las diferentes carreras universitarias.

Puede verse cómo la obligatoriedad de la escolaridad generó una preocupación en la sociedad contemporánea, pues la educación entró a ser un elemento más del mercado y de la producción, es decir, entró a ser parte del discurso de la ciencia. Es la ciencia la que a través de su imperativo de estudiar hace del saber una obligación, elimina el deseo inherente al ser humano de aprender, y con ello la curiosidad de conocerlo desconocido. Esta carrera en competencia con la ciencia ha generado grandes progresos en este siglo: lo podemos ver en los adelantos científicos y tecnológicos, pero también ha generado las dificultades ubicadas en el saber.

De hecho, una de las manifestaciones de la modernidad, marcada por el desarrollo de la ciencia y el capitalismo, es el fracaso en el saber.

Para el estudiante, hay un imperativo por cambiar sus propios ideales por los provenientes de la familia, la sociedad de consumo y la ciencia, a tal punto que lo asfixian. Ahora no es el deseo del estudiante lo que prima, sino la demanda social y familiar la que lo lleva a elegir acerca del saber que lo hará independiente en unos años.

Por el mandato de la ciencia y el capitalismo, las instituciones llevan a que el sujeto pierda las aspiraciones particulares que fundan su individualidad, puesto que su deseo no cuenta. El nivel exigido para el éxito es cada vez más elevado en nuestra sociedad. Los abuelos de los años cincuenta y los sesenta estudiaban la primaria, alcanzaban puestos que les generaban gratificación y forma de vida. El deseo primaba en la medida en que cada uno lograba vincularse a un trabajo y, dependiendo de él, era posible el ascenso. En el momento actual, los padres de los setenta y los ochenta son profesionales, los de los noventa y el año dos mil deben certificar un segundo idioma y un posgrado; en este orden de ideas, los padres de los años venideros deberán garantizar un saber cada vez más especializado que no necesariamente les permita una forma de vida que los gratifique.



Actualmente todas las clases sociales deben terminar el bachillerato, pero esta obligatoriedad no equilibra las posibilidades de competencia. El cursar el bachillerato no garantiza el éxito puesto que entran en juego otros muchos factores.

La rapidez del cambio social ha perturbado los esquemas de transmisión de la herencia cultural antigua. Hay ya demasiada diferencia entre las tradiciones familiares

y las nuevas formas de vida. Esta ruptura produce conflictos entre las generaciones, la familia y la sociedad; conflictos que llevan, entre otras consecuencias, al fracaso en el saber. En el contexto actual podemos decir que el que no estudia o el que estudia carreras no socialmente valoradas se convierte en fracasado; entonces ser alguien es tener éxito en lo académico: lo académico da la ilusión de completud al estudiante, lo contrario es ser nadie. Los hijos tienen que estudiar y en la mayoría de los casos ir más lejos que el padre, esto es un asunto de demanda social. Los hijos tienen que estudiar y llegar a posiciones no imaginadas. El éxito escolar ocupa un lugar muy importante. Triunfar en lo académico constituye una perspectiva de lograr más adelante una buena situación y en consecuencia tener acceso al consumo de bienes; imaginariamente es también “ser alguien”, ser considerado como respetado. Los avances tecnológicos exigen modernización en todos los niveles, quedan entonces pocos oficios “lucrativos”. Este nuevo orden económico requiere de los trabajadores un nivel de competencia cada vez más alto.

1. El deseo no se obliga

El Estado, la sociedad, la familia, la escuela, alimentan la aspiración de que la felicidad la da el obtener dinero, poder, status, puesto que éstos ofrecen ilusoriamente dar a todos por igual lo que deseen. El sujeto debe entonces estudiar para agradar al otro, para llegar a ser alguien, para obtener dinero y estatus, lo cual implica aplazar la realización de sus deseos. Bajo esta óptica, estudiar por el simple deseo de conocer lo desconocido, asunto de la curiosidad propia del niño, es ahogado por la ciencia, la familia, la sociedad, con su imperativo: “estudia y aprende”.

En este orden de ideas, aprender no es llamativo. El cambio a la obligatoriedad de la educación y las modificaciones que esto ha generado dentro del sistema educativo colombiano ha hecho de la educación un asunto que no suscita el deseo de los estudiantes. Todo está disponible por parte de la

institución: ella les ofrece la posibilidad de obtener los logros no alcanzados durante el año, y eventualmente le permite dejar pendiente el cumplimiento de algunos objetivos para el siguiente año, se decreta la prohibición de pérdida en algunos grados. Este abotagamiento de ofertas que la institución brinda al estudiante para el cumplimiento de los objetivos, impide el nacimiento del deseo por aprender.

Antiguamente el estudio era movido por el deseo de aprender, por la curiosidad. Hace unas décadas la educación era un bien muy codiciado al que pocos accedían y que llegaban allí no solamente con elevados ideales sino también con garantías de compensaciones en todos los campos. La universidad era el lugar selecto al que sólo llegaban los mejores y se sostenían los que hacían los méritos, para salir a dirigir los destinos de la sociedad y sus instituciones. El movimiento hacia la obligatoriedad trajo aparejado cambios en la educación. El hecho de bajar los estándares de exigencia en la educación es algo que de alguna manera lee el estudiante y hace eco a esta necesidad imperiosa de la institución de tenerlo allí. Valdría la pena pensar cuáles otros móviles, bien sea sociales, políticos o económicos se tienen para querer mantener a los estudiantes en ellas, quiéranlo o no.

Para cumplir con estas pretensiones, cada día las instituciones educativas se ingenian nuevas formas para que el estudiante asista a la universidad y “no le falte nada”, trayendo como consecuencia, en muchos casos, la desmotivación, pues cuando todo está dado, no hay lugar para el deseo. Si todo está pensado de antemano para que las cosas funcionen sin tener en cuenta el interesado, el deseo queda ahogado: más que la posibilidad de desear lo que genera es el hastío. La época, a través de sus amos, dice entonces que estudiar es obligatorio. El joven sólo tiene que cumplir un mandato, el joven estudia por apariencia, como una manera de agradar al otro. Es paradójico, pero lo que antes era un asunto de curiosidad investigativa, de creación, de conocer lo desconocido, hoy es una obligación que suspende el deseo de aprender.

Hace un tiempo los jóvenes eran más inquietos, leían, disfrutaban de la literatura, iban a la escuela y aprendían, además se preguntaban sobre lo que sucedía a su alrededor. ¿Qué pasó que las cosas cambiaron? Antes todo era más difícil, ahora los muchachos tienen todo, los padres y los maestros se esfuerzan pero algo pasa pues el sistema falla.

Un ejemplo asombroso de ello puede verse en la escuela: un chico que no alcanza más de la mitad de los logros del año, ante la amenaza de pérdida, en la recta final los recupera, se “desatrassa”, aprueba. Todos se sorprenden. ¿Qué pasó? Pues bien, el chico despierta del letargo porque en ese momento sólo él cuenta, allí se despiertan las ganas de no quedarse atrás, es su propio deseo el que lo impulsa a ganar, puede decirse que en ese momento resucita el sujeto, y hace lo necesario para no perder. Pareciera ser como si el estudiante estuviera un paso más adelante que las instituciones y los adultos, y con su actitud respondiera a ese afán diciendo: “Ya me percaté de que el problema es de ustedes, ustedes son quienes necesitan que yo esté aquí: la familia para cumplir sus ideales, la institución para cumplir su tarea, el grupo social para que no esté ocasionando problemas en otros escenarios... Yo me gozo la cosa y al final hago el esfuerzo justo con el cual sé que ustedes me van a aprobar”. Entonces, de un lado está el síntoma del estudiante y de otro el síntoma social.

En otros casos el estudiante no responde ante la dificultad, pierde el año. Los adultos se preocupan diciendo: “Tiene todas las capacidades y tiene todo lo que necesita, sólo le falta esforzarse; es un perezoso, si se esforzara ganaría. Sólo es que ponga de su parte”. Pero resulta que el asunto es más hondo: el estudiante se segrega porque él, sin saberlo, se rebela a seguir haciendo lo que los demás quieren, entre ellos los padres, la sociedad, la ciencia, el maestro, la institución. Es pues un llamado de alerta que hace porque él no quiere ser un convidado de piedra en su propia vida. Sin quererlo, y lógicamente sufriendo por esta situación, el alumno se hace expulsar de la institución o del grupo.

Otro tipo de estudiante aparece como flotando: su rendimiento es bajo, su riesgo académico inminente, pero no hay respuesta alguna. Su posición no permite

la elaboración de una pregunta ni de un síntoma. La descripción es clara: no parece interesarle nada. Los adultos podrían decir que es un muchacho cómodo, tranquilo, perezoso... los calificativos sobran y el estudiante no se moviliza. En no pocas situaciones estos chicos al egresar de la universidad tienen un buen desempeño laboral, cuando toman su vida en sus manos, cuando cesa la demanda alienante del otro.

Es posible que la ausencia de angustia, en no pocos casos, produzca inmovilidad. La falta de angustia genera nuevas formas de satisfacción: los deportes extremos, el consumismo, el bajo rendimiento académico. La angustia se da ante lo inesperado, ante las dificultades. Cuando no hay angustia aparece la repetición; no es posible saber, ni poner en palabras lo que pasa, no hay simbolización; podrá decirse que el sujeto queda hipnotizado convirtiéndose en un autómatas, en un objeto. Es importante resaltar que la angustia permite, a través del sufrimiento, la creación y la potencia para salir adelante. La angustia trae consigo elementos de significación que pueden llevar a la búsqueda de su origen. Pero la ciencia se ha empeñado en obturar la angustia, y con ello la pregunta, con los fármacos o las soluciones prefabricadas de algunas disciplinas. La pregunta inherente a la angustia hace referencia al ser y a la existencia y con ello a la búsqueda de respuestas y probablemente al despliegue de recursos subjetivos.

Esa inmovilidad lleva a docentes y padres a la actuación: su posición de inmovilidad e inmutabilidad produce acción en los que lo rodean. Padres y docentes empiezan a buscar cómo salvar a este joven a quien no parece interesarle nada: le sugieren actividades, carreras, *hobbies*, terapias, drogas, mil alternativas para salir del *impasse*. En algunas ocasiones el estudiante “hace caso a los mandatos de los demás”, pero no logra despegar, puesto que precisamente lo que hace es obedecer, pero no hay una acción propia. La ausencia de angustia produce un estado de somnolencia que en muchos casos se diagnostica como depresión. Estamos en una época donde hemos creado alrededor de la angustia un halo de temor. Pensamos que quien se angustia se suicida, que quien se angustia enrostra en el otro su ineptitud: un hijo o un alumno angustiado pueden ser el espejo

de la ineptitud del adulto o de lo mal que lo han hecho. En la época de todo BIEN, de la excelencia en todo, de las recetas para que nada falle, fallar es nefasto. El contra de la falla es el fármaco. Llegará el día, no lejano, donde el problema lo podemos “manejar” con el genoma humano: la película *Gattaca*, que al verla nos horrorizó, va a entrar en la serie de las respuestas a la angustia. “La modernidad ha pensado la relación al mundo con una cognición sin falla, una persona sin fallas no se angustia y sin angustia no hay pregunta ni deseo”. La sociedad de hoy es la de los “más”. En esta competencia loca es imposible que surja la angustia.

2. El sujeto, objeto de consumo

Puede verse entonces cómo esta demanda asfixiante de los estamentos sociales genera una serie de respuestas en los sujetos:

- El estudiante se rehúsa a seguir haciendo lo que los demás quieren, a ser ignorado en el deseo que lo singulariza; entonces responde con el síntoma del fracaso escolar.
- Una respuesta común es que con la apatía y el desinterés se rebela a seguir convertido en el querer imperante de los otros.
- O responde con la “inmutabilidad”, es decir, como hipnotizado, como objeto, que va y viene sin oponer resistencia.

El imperativo de la sociedad de consumo es consumir y producir. Los sujetos de la modernidad se satisfacen con objetos temporales, la sociedad de consumo les provee objetos nuevos y llamativos con la ilusión de obtener con ellos la satisfacción. Lo que sucede es que con su sutileza, la sociedad de consumo ha convertido también los sujetos en objeto de consumo, y por ende des-responsabilizados y ávidos de llenarse con objetos, sin necesidad de preguntarse y elegir. La sociedad termina eligiendo por ellos.

El proyecto de vida actual se funda en el tener, no en el ser, y por esto los jóvenes, en muchos casos, estudian para tener posición social, para llegar a ser alguien. La pregunta por el ser está sofocada. En nuestro medio, “el tener” le permite entrar en la

categoría de ser un “muchacho Bien” o “ser de una familia Bien”. Como puede notarse se ha trastocado el calificativo “Bien”. Este adjetivo se le adjudica a la persona o familia dependiendo del estatus. Digo que se ha trastocado porque, éticamente hablando, un muchacho Bien es el que hace valer su deseo sobre los imperativos externos. Asistimos a una paradoja: los seres humanos de la época son rebeldes, pero no hacen prevalecer su deseo. En ellos prima la deuda con los padres o con la sociedad, prima la acumulación de bienes. Entonces existe una traición. Cuando se cede en lo que uno quiere, se falta a uno mismo. La ética del deseo es no ceder en las propias pretensiones, en las pretensiones íntimas. Cuando se tiene la valentía de hacer valer lo que se quiere, se entra en la categoría de, como se dice actualmente, “Muchacho Bien”.

En algunas ocasiones, al finalizar la carrera, se están preguntando si realmente la carrera los hará felices. Su ideal está puesto “aparentemente” en el tener. Pensar en el ser resulta anticuado y los segrega. La angustia que genera pensar-se se obtura con objetos, medicamentos, rituales... no se preguntan por los aspectos íntimos de la vida. Los nombres de moda: fracaso escolar, anorexia, depresión, pereza, son las formas de las que el sujeto contemporáneo se ha valido para defenderse de la demanda alienante de la sociedad, y de la cual la sociedad de consumo se ha valido para explotarla. La sociedad de consumo está ávida por encontrar qué nos falta, de qué sufrimos, para darnos la respuesta exacta; para ella, su quehacer es estar pendiente de la falta del ser humano para darle ilusoriamente lo que quiere.

Hemos inventado nombres para todas las dificultades de la vida. Entonces a un niño, que por lógicas razones actuales es más inquieto que los niños de las décadas anteriores, ya no decimos que es necio o inquieto sino hiperactivo, y para ello inventamos la Ritalina, y así quietamos el cuerpo. Con los avatares de la vida nos sentimos apesadumbrados o bajos de energía: se generalizó la depresión, e inventamos la fluoxetina y el OK. La pregunta actual es por el “qué” no por el “porqué”, es necesario ponerle nombre a cualquier sensación para no tener que preguntarse por el “porqué” sino dejarlo pasar. La respuesta al “qué” la resuelven los químicos, las cirugías, los abusos, pues

en muchas disciplinas la vida se reduce a procesos químicos.

Pero llega un momento donde la pregunta por el ser los angustia: ¿qué es lo que me apasiona en la vida? Es una de las preguntas más frecuentes que cada día se están haciendo los sujetos en la clínica. La respuesta que antes los calmaba, cuando se escudaban en la pereza, ya no los satisface. La pereza era la respuesta a los enigmas de la vida: “Soy perezoso”, la pereza era el significante que los describía. A la pereza del ser humano, Freud la describe como principio del placer, cuyo fin es mantener constante la energía en el psiquismo. Es el horror de entrar en serie, es la respuesta que da el sujeto para no dejarse uniformar. El significante pereza los segrega, les produce sufrimiento, pero al mismo tiempo los preserva de convertirse en objetos.

Diferenciar pereza de ocio e inclusive de los *hobbies* es sano en una sociedad donde dentro del significante pereza cabe todo. Las actividades diferentes a la academia no son pensadas como actividades que pueden ingresar a su vida. Generalmente las catalogan como “perder el tiempo”, y estudiar es lo único que merece el título de hacer cosas efectivas, pues lo demás es perder el tiempo. Pero surge allí un problema: estudiar no es tan llamativo, ¡vaya paradoja! Los jóvenes tienen pasatiempos, les gusta la mecánica de carros y motos, cacharrear con computadores, los deportes, producir música, tocar instrumentos, pintar. A clase, con frecuencia, asisten jóvenes con mucha energía puesta en estas actividades, que para los padres y docentes es perder el tiempo. Los jóvenes invierten tiempo, libido, son creativos y felices con sus esparcimientos. El resultado final es que debido al agobio de los adultos, ceden y dejan sus actividades amadas. Los adultos llegan al punto de hacer canjes o chantajes con los jóvenes: si saca 4 en X o Y materia, puede volver a tocar su instrumento o puede volver a la mecánica. El *hobby* entra también al mercado actual. El estudio se hace entonces menos deseado, “hasta tiene que ceder su pasión por estudiar”. El deseo de aprender se encuentra en el ser humano desde muy pequeño, pero la obligatoriedad y sus consecuencias ahogan ese deseo presente desde la infancia.

El bajo rendimiento académico es una de las manifestaciones, un indicio de que algo anda mal, es un síntoma. Es la manera como el joven manifiesta, sin saberlo, su malestar. La doctora Christian Alberti (1998), en un Seminario dictado en Medellín sobre el *Fracaso en el Saber...* decía:

En cada una de las épocas aparece un síntoma como objeción a eso que prescribe la sociedad, la ciencia. El estudiante no está en el lugar del sujeto sino en el lugar de objeto, los estudiantes en este lugar se les ordena que se acomoden y se conformen. El estudiante responde a este mandato con un síntoma que aparece como un rechazo de esta sumisión y que tiene el valor de decir No. Es un No frente al anonimato que significa ser uno más de los que cumple con los estándares familiares, sociales, científicos. Respuesta desesperada del sujeto por producir una diferencia y una ubicación en su deseo. Entonces cuando el estudiante no tiene un deseo propio, y cuando el estudiar exige un acto autónomo, una posición activa; cuando es necesario decidir para hacerse independiente, el sujeto fracasa. Es la manifestación de una impotencia o el reconocimiento de un imposible, en el sentido de que hay algo que le es insoportable; el estudiante sin saberlo se rebela contra su inmovilidad, algo falla en él que no comprende.

En este síntoma subyace una detención intelectual, la detención de las operaciones del pensamiento, un bloqueo que no depende del querer del sujeto sino de algo más profundo. De ahí nace la queja repetida que todos conocemos y cuya formulación usual es: “Yo quiero aprender, pero no puedo”.

Puede observarse cómo en el estudiante se genera una cadena que va desde la demanda social que lo invade hasta empujarlo a una decisión que lo lleva a grandes inhibiciones y síntomas. Los colegios y las universidades dan fe de este síntoma: los estudiantes fallan en la obtención de logros cada bimestre; el año escolar está en la cuerda floja, algunas veces logra salvarlo en los últimos momentos, en otros el impulso no es suficiente y reprueba los cursos, las materias. Los estudiantes ingresan a la universidad e inician una cadena de fracasos académicos, de transferencias de una carrera a otra, de repitencias;

este suceso afecta al sujeto y su relación con el saber en dos terrenos diferentes: en su vida íntima y en su representación en lo social.

3. El sujeto se rebela

El fracaso en el saber se presenta entonces como un grito de alerta que requiere ser escuchado, un mensaje que debe ser descifrado, y en este caso los adultos pueden escucharlo. El estudiante fracasa como la única respuesta posible contra la sumisión, es una respuesta que le produce sufrimiento, pero que se haría más problemática si continuara en una posición asfixiante alienada al deseo de los padres. Claro que en el contexto en el que se viene haciendo referencia, el padre, al que se hace alusión, no necesariamente es el biológico, también en esa serie entran la sociedad, la escuela, los maestros.

Otro aspecto importante para mencionar es que, en algunos casos, la repitencia, el cambio de programas y de universidades también se puede explicar como una interpretación de un muchacho que se percata que para su familia, para la misma universidad y para el conjunto social, entre más tiempo pase en posición de estudiante mejor, porque la sociedad no está precisamente requiriendo urgentemente de profesionales sino todo lo contrario: no sabe qué hacer con todos los que tiene. Por ello el síntoma del “eterno estudiante” es más que una interpretación: ir de una carrera a otra para darse cuenta al final de que el futuro es más o menos igual de incierto en todas, y prolongar el tiempo de permanencia en la universidad para gozárselo y aplazar la confrontación con el difícil mundo laboral. Quizá ellos han aprendido a manejar el discurso psiquiatrizante de la época en función de sus intereses de muchachos y tienen a los adultos entretenidos con su propio discurso que ellos ya han aprendido a manejar.

Al formularle a los estudiantes la pregunta de por qué fracasan, en su respuesta generalmente responsabilizan a los profesores, a la institución, a los padres, a la sociedad. “Es el profesor el tirano, el injusto, el que no explica bien y luego pregunta, el que no sabe el tema y corcha”. Es la institución educativa la responsable: “El colegio no enseña como debería, es la institución irresponsable, la

institución disfruta rajando y cobrando”, “Es el sistema educativo”, “Son los padres que atemorizan a los hijos con las exigencias y chantajes”, “Ellos exigen lo que ellos no hicieron”. En los decires de los estudiantes, la causa siempre está por fuera, es externa, ellos son sólo víctimas de las circunstancias. Pocas veces se preguntan por su responsabilidad en eso que les pasa. La responsabilidad está en desuso. La responsabilidad rota va de mano en mano sin llegar a un punto final. En la educación puede verse fácilmente: en la primaria los docentes dicen que la responsabilidad de la educación de los estudiantes es de los padres, los padres dicen que es el colegio el responsable. Los docentes de secundaria le echan la culpa a las malas bases en lectura, escritura y matemáticas y la universidad a su vez dice que las dificultades del estudiante vienen dadas desde el colegio.

No hace mucho en una discusión en clase, algunos estudiantes sostenían que la trampa y el fraude eran responsabilidad del docente porque él era un tirano, o porque el tema era muy largo. Decían: “Si fuera más condescendiente sólo nos pediría que estudiáramos lo necesario y no se excedería en la extensión de los temas para la evaluación”, “para qué aprenderse las fórmulas si las traen las calculadoras”, generalmente el responsable es el otro. Hace un tiempo, a raíz de un problema generalizado de fraudes en una universidad del país, algunos rectores de instituciones de educación superior consideraban la medida para penalizar el fraude como una manera de enfrentar la contracultura del facilismo. El tema creo que es más complejo, no puede ubicarse el fraude en el lugar del facilismo y el punto final. El fraude, la trampa, la malicia son asuntos de ética. Cuando se habla en los cursos del tema, los estudiantes se justifican, argumentando su posición, en la corrupción del país a través de los gobernantes y de la sociedad; ellos dicen desparpajadamente: “Si ellos lo hacen ¿por qué nosotros no? ellos nos dan el ejemplo”. Vale la pena decir que ahí el ejemplo, para ellos, sí opera.

Observando cuál es la causa por la cual los estudiantes pierden materias frecuentemente pueden notarse varios aspectos:

Hay un tipo de estudiantes que entienden, saben, pero al momento de dar cuenta de lo que saben parece que

se les nublara el pensamiento. Freud hace relación al fracaso, en su texto de 1915: *Los que fracasan al triunfar*. En él hace referencia a cómo los sujetos fracasan cuando están cercanos a obtener el éxito. Es paradójico pensar que alguna persona pueda sacarle el cuerpo al éxito, si todo el tiempo lo buscamos incesantemente. Pues bien, algunos estudiantes que fracasan sabiendo y siendo inteligentes, tienen una dificultad con el éxito puesto que para ellos sería insoportable ganar, ya que ello los enfrentaría con asuntos no resueltos en la relación con su padre. En el campo laboral puede encontrarse un tipo de personas que se catalogan como “de malas” porque cada vez que van a obtener el éxito algo les sucede y los hace fracasar. Otros, si logran alcanzar el éxito les dura poco tiempo porque de alguna manera, sin darse cuenta, se arruinan. Ellos son los que en su vida tienen una serie de fracasos económicos o laborales. A los estudiantes les sucede algo similar.

En otros casos, el estudiante asume la posición del sujeto alienado: no hay posibilidad de que el sujeto se piense como tal, ofrenda su vida a los padres como pago de la deuda por todo lo que ellos hicieron por él. El hijo, en este lugar, será quien cumpla con el ideal de los padres, cediéndose él en su deseo. Él reparará lo que los padres no lograron, o lo que los padres hubieran deseado para ellos; el hijo deberá cumplir esa ilusión de los padres en pago de todos los sacrificios que hicieron en su crianza, educación y felicidad.

[...] Si yo le digo a mi mamá que voy a estudiar medicina, no me paga la carrera, ella quiere que yo estudie derecho.

[...] Yo me puedo quedar horas enteras frente al computador componiendo música, mis papás me prohibieron volver a hacerlo hasta tanto no termine ingeniería, ellos no me quieren como músico.

[...] Después estudio lo que yo quiero, por ahora le daré gusto a mi papá para apoyarlo en sus negocios estudiando administración.

Pero el estudiante no puede aprender por darles gusto a los demás, el resultado es que más adelante el síntoma hará su aparición en las dificultades

académicas repetidas. Es el asunto de la deuda con los padres lo que los lleva a cumplir el deseo de ellos a costa del propio, con un costo muy alto. No es sólo el ideal de los padres sino también el de la sociedad y la ciencia, la competencia. El ideal de felicidad marcado por el dinero, sólo lo alcanzan las personas que estudian profesiones que la ciencia y el mercado necesitan. O sea que ya no se estudia lo que interiormente se quiere sino las carreras que tienen más demanda. Desde hace un tiempo se ha generado un descenso acelerado de ciertas carreras que aparentemente no producen bienes económicos, ni adelantos científicos. Por ejemplo: artes, música, preescolar, sociología, economía y enfermería, por citar algunas.

Es también, como lo anotaba, una respuesta cínica, por supuesto inconsciente, del estudiante a un mundo que le obliga a seguir con un proyecto de vida en el que él sólo ha prestado su cuerpo más no su deseo.

El resultado es la inhibición: ésta es una restricción de una función del yo, bien como medida de precaución contra la angustia que despierta una situación de peligro o bien como consecuencia de un empobrecimiento de energía. A través de ciertos procesos psíquicos el estudiante se inhibe, es decir, bloquea su producción académica. La causa no es su incapacidad de comprender, su hiperactividad, su desatención, la pereza, la negligencia... ésta es sólo la forma como aparece ante los adultos eso que le sucede, que hace referencia a algo más hondo, algo que le concierne a él pero que aparentemente desconoce.

[...] Yo llego con todas las intenciones de estudiar pero cualquier cosa se hace más llamativa que estudiar.

[...] Entre la cama y el escritorio no hay más que un paso, pero este paso no lo puedo dar.

[...] Estudio y sé pero en el momento del examen algo pasa que me bloqueo. El examen estaba fácil pero respondí lo contrario a lo que me preguntaban.

La ciencia toma estos síntomas para hacerse existir. Donde el ser humano tiene dificultades, la sociedad

de consumo y la ciencia tienen la respuesta, pues aquéllas surgen en la medida en que el sujeto está en falta. La función del discurso de la ciencia es valerse de esa falta para producir objetos y proveerlos al sujeto con la ilusión de completarlo. En esa vía lo que hace es obturar la falta y, paradójicamente, al hacerlo, borra al sujeto y busca la universalización del saber sin tenerlo en cuenta.

El ser humano tiene angustias internas que manifiesta de alguna manera; cada ser humano tiene una forma particular de rebelarse, bien sea con el cuerpo, con el rendimiento académico o con el desánimo. Estar

Okey como obligación tiene costos importantes para la vida subjetiva de las personas. ¿Cómo, entonces, se tramitan las angustias, las preocupaciones y las dificultades? ¿Será que los síntomas contemporáneos son precisamente resultado de este costo de no pensar, de no decidir y no arriesgarse? ¿Será que el hastío, los problemas académicos, los excesos, la mal llamada depresión e hiperactividad, son el resultado de la alienación a una sociedad de consumo que sabe decir y dar lo que los otros quieren, con la promesa de la felicidad plena?

Conclusiones

Aprender implica algo más que escuchar. Es necesario elaborar el saber propuesto como un acto autónomo del estudiante. La sumisión a la que obligan las familias y las universidades impide la elaboración y la comprensión, puesto que la obediencia absoluta a una exigencia o a un mandato es incompatible con la categoría de sujeto, ya que aquello que causa un sujeto es, en una de sus vertientes, una alienación al Otro, pero es, sobre todo, a partir de una separación del Otro como puede otorgársele el estatuto de sujeto. Entonces el vínculo establecido con los padres está determinado en las dos vías: no es posible que los padres sean los únicos responsables de la alineación del hijo a su deseo: los hijos son también responsables y determinan esta posición. En este momento histórico es paradójico comprobar que a pesar de aparentar independencia, los hijos asumen muchas veces una posición de alineación sin ser conscientes de ello. La separación la genera la ley, en torno a la ley se instaura la cultura y la ley opera como ordenador para garantizar la función de la cultura humana, la cual es preservar el derecho a la vida, el cuidado de los bienes, de la familia y del trabajo. La prohibición, por su parte, es un acto de sensatez por medio del cual se ponen límites a los empujes sádicos y masoquistas, permite la separación y con ello la asunción de su ser autónomo, donde su deseo y su ser cuentan, pues la ausencia de ley y de límites impide que surja el deseo en la constitución subjetiva.

El sujeto ingresa en la cultura al aceptar los requerimientos de las normas que se constituyen en una ley igual para todos, que atraviesa a todos los seres humanos. Los que ejecutan la prohibición están también dentro de ella, no hay nadie que pueda eximirse de cumplirla puesto que cuando esto sucede la prohibición cae. El adulto es el garante de la ley. Nuestra época tiene como una característica la laxitud y la ausencia de prohibiciones, trayendo como consecuencia la inhibición y en algunos casos la ausencia de la culpa. El debilitamiento de la autoridad en aspectos esenciales y la obligatoriedad en aspectos innecesarios producen sujetos desbrujados, desorientados.

La ley viene dada del padre. El padre o garante de la ley es aquel que reconoce sus límites y acepta sus imposibilidades. El hijo deberá inventar un recurso que dé respuesta a esa falla. Es el hijo quien desplegará sus recursos para hacerse a un padre y con ello dar respuesta a las angustias de la vida. El hijo mismo tiene que habérselas con ese padre imperfecto. Paradójicamente, la ley, que es un recurso imprescindible en la educación, que se puso en entredicho porque generaba traumas y que debería abolirse en la educación, es necesaria, da seguridad y contención a las grandes fuerzas pulsionales del sujeto. Educar

no es someter, ni domesticar, ni abandonar: es reconocer las propias fallas, asumirlas. Con ello el estudiante tiene que jugárselas con sus propias fallas también y reconocerlas responsablemente. Esas fallas producen angustia y la angustia genera recursos. Es éste un entramado que parte de la ley y la falla para generar responsabilidad y recursividad. Una de las paradojas de la época —la desaparición de las prohibiciones vs. la obligatoriedad— está en contravía con lo que busca la educación: se permite lo que no se debe y se obliga lo que no se puede.

La caída de los ideales es también una consecuencia de la laxitud y está hondamente ligada al déficit de patrones identificatorios, la masificación en las identificaciones produce alienación a grupos, creencias y hábitos. El aumento notorio de sectas y de grupos de diversa índole permiten al sujeto una forma de identificarse y con ello de existir. La sociedad de consumo y su gran variedad de objetos suplen, en muchas ocasiones, congregando a los sujetos por la marca, el eslogan o la promesa. La caída de los ideales, probablemente, también es otra de las consecuencias.

Como se anotó en párrafos anteriores, el sujeto desarrolla recursos para jugárselas con sus dificultades; otra de ellas es que el sujeto se rebela con un NO. Cuando no se tiene ganas y se obliga, la respuesta es el hastío, la tristeza, es vomitar; igual pasa con el aprendizaje: la falta de motivación en lo académico es una anorexia mental. Esta anorexia también es un NO como límite a la invasión del otro. Estamos en un momento donde hay un sinnúmero de demandas aplastantes desde todos los lados; los sujetos contemporáneos ante semejante demanda lo que hacen es rebelarse con un NO. Los sujetos sufren solos, pues esa rebeldía trae consecuencias en su vida que no podrán transformarse si no se piensa y decide las consecuencias de los actos, de una manera más responsable. Los rebeldes dan la idea de que no sufren y no les importa, al igual que los perezosos, los desmotivados. La rebeldía es una forma cifrada que sirve de alerta para que los otros hagan algo, pero ahora ya no sabemos leer.

El síntoma surge como oposición al deseo de los demás, es la forma como el estudiante se rebela ante la dependencia. El sujeto se sale de los parámetros establecidos aunque le cause sufrimiento. Quiere desprenderse, para inscribirse con su fracaso más allá de los ideales familiares y de los parámetros científicos, para posicionarse desde su propia realidad psíquica, desde su propio deseo.

El síntoma constituye así la respuesta que le permite escapar a la objetivación, a la universalización, en un intento de particularizarse. El no aprender es, pues, una rebeldía con causa, es la única forma que el estudiante encuentra para liberarse del sofocamiento del deseo de los demás y poder él mismo construir su propio ideal. Es pues un acto que le permite asumirse responsablemente si alguien escucha su síntoma como una voz de alerta, como un llamado. El síntoma es una de las formas como el estudiante cuestiona el modelo social, familiar, educativo.

La inmovilidad es también otra forma como los sujetos contemporáneos responden, o, para ser precisa, no responden, ante la lectura que hacen de la demanda y el desconcierto por la imposición del exterior. Generalmente los adultos dicen: “Son apáticos, ¿cierto que nosotros no éramos así?” O: “Son muy perezosos, no sé qué les pasa”. El proyecto de vida es el que viene de los otros, los jóvenes ahora nacen con un proyecto de vida bastante configurado, ante ello la respuesta es la inmovilidad. La paradoja actual es entonces: se obliga lo que no se puede y se permite lo que no se debe. La responsabilidad se desliza entonces entre los unos y los otros al igual que la ley.

El mundo ha cambiado vertiginosamente, quién puede negarlo. En la época de cada uno de nosotros también ocurrió, por supuesto a un paso menos vertiginoso. Los llamados a replantear y repensar nuestro lugar somos los adultos educadores y padres garantes de la ley, quienes decidimos cambiar las reglas del juego y pedimos a los jóvenes las respuestas que esperamos, no las de ellos.

Bibliografía

- Alberti, C. (1998) Seminario *El fracaso en el saber, síntoma contemporáneo*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Ariés, Ph. (s/f) *La historia de la infancia en el antiguo régimen*. Fotocopia sin datos bibliográficos.
- Betancur, G. E. (2000) “No aprender: una rebeldía con causa”. En: *¿Adolescencia o adolescencias?* Medellín: Instituto Jorge Robledo.
- _____ (2000) *Someter, abandonar o resignificar la ley*. Medellín: Inédito.
- Carmona, J. (2002) *Psicoanálisis y vida cotidiana*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Cordí, A. (1994). “El fracaso escolar no existe”, *Revista del Instituto del Campo Freudiano*. No 1. Barcelona.
- _____ (1994) “El fracaso escolar un síntoma moderno”. En: *Revista Freudiana*. No 10. Cataluña: Paidós
- _____ (1994) *Los retrasados no existen*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1989 y 1973) *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu y Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gallo, H. (2006) *Afecciones actuales del sujeto*. Curso introductorio. Medellín: Inédito.
- Lacan, J. (1982) *Seminarios*. Buenos Aires. Paidós
- Lapeire, M. (1997) Seminario *Más allá del Edipo*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Laplanche, J. y J. B. Pontalis. (1971) *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Laurent, E. et al. (2006) *Los nombres de la angustia en el mal vivir actual*. Documentos introductorios a la preparación de las IV Jornadas de la NEL, Octubre 27, 28 y 29. Guayaquil. Ecuador: Inédito
- Levi-Strauss, C. (1981) *Antropología estructural*. México: Siglo XXI.
- Millot, C. (1979) *Freud. Antipedagogo*. Buenos Aires: Paidós.
- Napier, R. y M. Gershenfeld (1997) *Grupos teorías y experiencias*. México: Trillas.
- Seldes, R. et al. (2005). Nuevos síntomas. Nuevas angustias. XIII Jornadas anuales de la EOL Colección Orientación Lacaniana. Buenos Aires: EOL-Grama.
- Tovar, Z. (1997) “Infancia, adolescencia y discurso analítico. ¿Síntoma escolar o Síntoma de la Familia?”. En: Revista *Logogrifo*. No 5.